

JORGE
AHUMADA

LA CRISIS

IN
TE
G
R
A
L



DE CHILE

**LA
CRISIS
INTEGRAL
DE
CHILE**

Editorial del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Santiago, Chile, 2011

LA
CRISIS
INTEGRAL
DE
CHILE

Publicado con el auspicio
del INSTITUTO JORGE AHUMADA

JORGE AHUMADA

**LA
CRISIS
INTEGRAL
DE
CHILE**



Editorial Universitaria, S. A.

Talleres de la
Editorial Universitaria, S. A.
San Francisco 454, Santiago, Chile.
Proyectó la edición Mauricio Amster.



INDICE

PROLOGO 9

LA CRISIS ECONOMICA 13

LA CRISIS SOCIOPOLITICA 19

LA CRISIS CULTURAL 27

EL CONCEPTO DE REVOLUCION EN LIBERTAD 33

PROLOGO

El aporte que la comunidad recibe de algunos de sus miembros no puede ser retribuido por ésta sino a través del enriquecimiento por una creación renovada, de sus ideas o sus obras. Con un profundo sentido humano, su aporte se completa sólo si da origen a un pensamiento y a una acción permanentes.

Jorge Ahumada fue origen de un pensamiento y de una acción, de un contenido profundamente rico y original no sólo para quienes tuvieron la oportunidad de conocerlos a través de su persona, sino que para la

vida de una sociedad que está buscando su verdadera expresión. Todos le somos deudores de parte de una mejor comprensión del acontecer de nuestro tiempo y de un contenido más humano de esta comprensión.

Su aporte no está terminado. Es necesario preservarlo, darlo a conocer, producir su maduración. Es éste el propósito que anima la creación del Instituto que llevará su nombre.

Esta publicación es el primer paso. Es parte de un manuscrito inconcluso que Jorge Ahumada escribió como preparación a una exposición sobre el Programa del actual Gobierno, en cuya concepción y diseño tuvo una participación decisiva. El texto, al que se han introducido pequeñas correcciones de tipo editorial, refleja con gran fidelidad su pensamiento sobre las fuerzas latentes en el proceso de nuestro país. El Instituto cree que el conocimiento y la discusión de estas ideas vitales darán nuevas luces para entender el devenir de nuestra sociedad, para muchos tan confuso e incomprensible.

INSTITUTO JORGE AHUMADA.

PARTIMOS del supuesto que el país vive en una situación de crisis integral, que afecta o envuelve todos los aspectos de nuestra vida como sociedad organizada. Sin embargo, para propósitos de análisis, podemos decir que hay tres grandes crisis: la económica, la sociopolítica y la cultural. Voy a decir unas cuantas palabras sobre cada una de ellas para facilitar la relación que tengo que hacer en seguida con el Programa de Gobierno.

LA CRISIS ECONOMICA

EL JUICIO acerca de si el país está o no en una situación de crisis económica se puede hacer recurriendo al examen de cuatro elementos, que son velocidad del desarrollo económico, la estabilidad monetaria, la distribución del ingreso y la dependencia financiera internacional.

En nuestro país la velocidad del crecimiento es baja: 3,6 al año. Esto implica que nuestro bajo nivel de vida promedio por habitante, se duplicará sólo cada 65 años. A esa velocidad se hace casi imposible cerrar el vacío que se ha estado creando entre

el incremento de las aspiraciones y las posibilidades materiales de satisfacerlas, y nos iremos quedando atrás en el concierto de las naciones.

En cuanto a estabilidad monetaria, ustedes han vivido nuestra incapacidad como pueblo para derrotar esta inflación que nos corroe desde hace más de 80 años. La inflación es una enfermedad o el síntoma de una enfermedad. Sobre esto hay acuerdo desde el Kremlin hasta Wall Street. Lenin mismo afirmó que la manera más segura para destruir la economía era la destrucción de su moneda. Si ustedes se preocupan de examinar las estadísticas, podrán comprobar que este país ha estado empeñado en acelerar la velocidad de destrucción del valor de su moneda.

Un país está experimentando una crisis económica si la distribución del ingreso es demasiado desigual. En Chile es demasiado desigual en conformidad con muchos criterios, pero especialmente, en el sentido que algunos obtienen una remuneración que es mucho mayor de lo que sería necesario para que produjeran el esfuerzo que están reali-

zando, mientras otros reciben una remuneración que es mucho menor de lo que es indispensable para que den de sí todo lo que potencialmente pueden dar de sí. No se trata de postular una distribución igualitaria. La igualdad es imposible, incluso en una sociedad socialista.

Si se examina nuestra dependencia financiera internacional, también se verifica que estamos en crisis. De un total de alrededor de US\$ 700 millones que importamos anualmente, alrededor de US\$ 130 millones se pagan con préstamos y del total de lo que invertimos anualmente cerca del 20% se financia con ayuda del exterior. Como consecuencia de esto, nuestra deuda externa ha venido aumentando a pasos agigantados. De nuevo aquí, como en el caso anterior, no se trata de que debamos aspirar a la autarquía financiera. Se trata de que nos mantengamos dentro de límites de endeudamiento tales que nuestra vida normal no dependa de decisiones que se tomen en otros países. Ustedes pueden fácilmente imaginar lo que ocurriría en Chile si de pronto nos dijeran que no nos prestan más y nos viéran-

mos obligados a reducir nuestras importaciones a no más de US\$ 600 millones por año.

En relación con este punto de financiamiento externo, ustedes saben que los marxistas acusan a algunos de estar entregados al imperialismo porque aceptan esta ayuda. No reaccionarían de igual modo si la ayuda viniera de Rusia, como si Rusia no fuera también un país imperialista. La verdad es que el imperialismo es una relación entre débiles y fuertes que se da independientemente del sistema político o económico. Es más bien un fenómeno de relaciones entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Visto así, es obvio que la manera de atacar este problema no es la manera tradicional de los marxistas.

LA CRISIS SOCIOPOLITICA

PERMÍTANME referirme ahora a la crisis sociopolítica. Me propongo aquí trabajar con tres conceptos: la participación, la representatividad y la solidaridad.

La participación se refiere al grado de poder que tienen los distintos miembros de la sociedad para influir en las decisiones que afectan a la vida del grupo. El poder, como la riqueza, puede estar excesivamente concentrado. El juicio sobre el exceso de concentración es valorativo, pero también es funcional. En efecto, la concentración excesiva del poder conduce a que los poderosos obtengan una propor-

ción del esfuerzo colectivo que es exagerada en relación a su contribución y conduce a quienes carecen de poder a la abulia y ostracismo psicológico. Estos dos efectos son los remaches que cierran el círculo vicioso de la pobreza y la ignorancia.

‘El poder es una función de la organización. Los hombres sin organización son hombres sin poder.’ En el Chile rural semifeudal del siglo pasado los hombres eran miembros integrales de esa forma de organización social. Cuando el país comenzó a urbanizarse, la mayoría de los que emigraron se transformaron en hombres aislados, más aislados mientras más pobres y más incultos. Su aislamiento, su falta de poder, consolidó su situación de ignorancia y pobreza.

¿En qué sentido hay una crisis de participación en Chile? En el sentido de que se ha despertado el deseo de participación y no se han creado las oportunidades, a semejanza, en cierta medida, de lo que se ha llamado la revolución de las expectativas en el campo económico. El deseo se ha despertado por la imagen de poder que da necesariamente el voto secreto y universal. Esta fa-

cultad es sin duda una manifestación de poder: elegir a alguien para que participe a nombre de uno. Pero esto no es suficiente. Hay que tener también poder para asegurar que ese alguien efectivamente lo represente a uno. Esto no ha ocurrido en el pasado en Chile. Si ustedes revisan la mayoría de las elecciones presidenciales de Chile en los últimos 20 años, comprobarán que lo que hicieron los presidentes elegidos muestra sólo una débil coincidencia con lo que dijeron al electorado que harían. Cuando esto ocurre hay una crisis, pues la manera más segura de provocar el escepticismo sobre el sistema democrático de elección de Gobierno es la frustración. Mientras la mayoría del pueblo no esté organizada de modo que mantenga permanentemente su presencia en la arena política entre elección y elección y mientras haya grupos minoritarios que sí están organizados y permanecen siempre en la arena, es muy improbable, por no decir imposible, que esas mayorías logren para sí otro sitio en la sociedad, diferente del que han ocupado hasta ahora.

La otra dimensión de la crisis sociopolí-

tica es la representatividad o capacidad de los dirigentes para interpretar las preferencias y aspiraciones de los dirigidos y para encauzar los esfuerzos del grupo a los objetivos deseados con el menor costo posible. Nuestros dirigentes han sido poco representativos y eso se puede apreciar examinando el juicio de los propios dirigidos. Este juicio se aprecia a través de la crisis de las instituciones dentro de las cuales operan las relaciones entre dirigentes y dirigidos. Los dirigentes políticos tradicionales fueron incapaces de dirigir a los electores; de ahí la crisis de los partidos políticos tradicionales. Los dirigentes sindicales tradicionales han sido incapaces de dirigir el movimiento sindical. Las clases ricas tradicionales han sido incapaces de generar todo el ahorro y la inversión necesarios; de ahí la crisis de nuestro sistema capitalista. Como alguien ha dicho muy bien, los dirigentes tradicionales han devenido en cónsules romanos.

La sociedad chilena está en crisis por falta de solidaridad. La solidaridad es el sentimiento que une a los miembros de un grupo social impidiendo que se desintegre. Juega co-

mo amortiguador y lubricante de la solución de los inevitables conflictos que existen entre los distintos miembros del grupo. El conflicto, decía Marx, es el motor de la historia. Olvidaba que la historia es un vehículo de dos motores. El otro es la solidaridad. Hay insuficiente solidaridad si no es posible movilizar los esfuerzos comunes del grupo para realizar tareas que son importantes para la vida del grupo. En Chile no hay suficiente solidaridad para las tareas de eliminar la inflación, para crear el ahorro, para proteger a la infancia desvalida. Posiblemente no hay solidaridad porque ésta se crea participando en tareas comunes, compartiendo ideales comunes. Eso es lo que hace el nacionalismo; crear metas colectivas comunes capaces de movilizar el esfuerzo colectivo. Por eso es que Fidel Castro habla tanto. El trata de crear la solidaridad nacional y para eso emplea todos los recursos psicológicos de que pueda echar mano; desde el odio hacia los Estados Unidos, hasta los concursos para cortadores de caña.

LA CRISIS CULTURAL

CHILE, dije antes, vive también una crisis cultural. Estoy empleando este término en un sentido antropológico y me voy a referir sólo a dos dimensiones de esta crisis: la de la organización y la de la ideología.

Hay una crisis de organización en el sentido que las formas preponderantes de organización son incapaces de realizar con un grado razonable de eficiencia las tareas que cada uno debe realizar. La organización administrativa del Estado es ineficiente; la organización política del Estado es inefi-

ciente; y lo es la organización de los partidos políticos, la de los sindicatos y gremios, la del sistema educativo e incluso la de la familia, de lo contrario, no habría tanto niño abandonado,

Al hablar de ideología estoy refiriéndome a la forma como los chilenos interpretamos nuestra problemática, a la forma como proyectamos nuestra vida como ente social hacia el futuro y a la forma como concebimos cada cual nuestro papel en esta sociedad. Hay demasiadas versiones deformadas de nuestra realidad, hay falta de una proyección nacional para el futuro, hay muy poco de lo que los psicólogos sociales llaman orientación hacia el grupo.

Las versiones deformadas de la realidad crean más conflictos de los necesarios e inevitables. Introducen el conflicto espúreo. Si la gente de ingresos altos comprendiera, por ejemplo, que la inflación es uno de los peores enemigos de su propio *status*, habría menos conflictos en el campo económico; si logramos hacer comprender a los trabajadores que la seguridad en el empleo y la posibilidad del empleo no dependen de una ley

de inamovilidad, sino que por el contrario una ley de inamovilidad es uno de los caminos más seguros para destruir la seguridad del empleo, pues es un obstáculo formidable para el desarrollo económico, entonces tendríamos una sociedad menos conflictiva. No entienden ellos muchas cuestiones elementales de nuestra sociedad y no comprendemos tampoco muy bien nosotros mismos, que somos intelectuales y que tenemos obligación de comprender. Somos también una clase consular.

Cada vez que una sociedad confronta un desafío, afila sus concepciones ideológicas. El nacionalismo es una ideología. Se agudiza en tiempos de guerras. Las revoluciones todas se hacen con ideologías, todas tienen sus fariseos. La razón es muy simple. La ideología produce solidaridad, la ideología moviliza y cohesiona. La cruz, la bandera, la hoz y el martillo, son símbolos de pensamientos unificadores que son esenciales en todo proceso de cambio.

**EL CONCEPTO
DE REVOLUCION
EN LIBERTAD**

EN RESUMEN, la gran tarea o las grandes tareas que hay que realizar durante este Gobierno y hay que continuar, son la solución de las tres grandes crisis nacionales. Nuestro pensamiento y nuestra acción tienen que estar concentrados en la lucha contra el estancamiento, la inestabilidad, la desigualdad, la dependencia, la falta de participación, de representatividad y de solidaridad, la modernización de nuestras organizaciones y la creación de una manera de pensar y de sentir nuestros problemas colectivos.

Todo eso está muy bien, podrían decir ustedes, pero ¿para qué vamos a hacer todos estos cambios? y ¿cómo los vamos a hacer?

Con respecto a la primera cuestión, quisiera comenzar diciendo que nuestra concepción de la revolución es revolucionaria, porque, aunque parezca paradójal, las nociones más populares de la revolución son añejas y tradicionales. Por ejemplo, tenemos la cuestión del capitalismo versus socialismo. La mayor parte de la gente de izquierda —marxista y no marxista— siente marcada inclinación a considerar la cuestión social desde este punto de vista, a pesar de que la disyuntiva no existe. En efecto, ¿es capitalista Italia, donde las líneas de aviación y de vapores, todo el sistema de comunicaciones, incluyendo la radio y la televisión, gran parte de la siderurgia y de los astilleros son de propiedad pública? ¿Es capitalista Alemania Occidental, donde en una proporción casi tan grande como Italia, las instalaciones productivas son del Estado? ¿Es capitalista Suecia, un país con un crecimiento cooperativo tan fenomenal?

¿Son capitalistas o socialistas las grandes sociedades anónimas manejadas en gran medida por el arbitrio de funcionarios pagados? Incluso en Rusia existe la propiedad privada y la posibilidad de acumulación. Por tanto, el criterio de propiedad pública versus propiedad privada, no puede plantearse en la forma que se plantea comúnmente, en la forma de opuestos absolutos. La verdadera cuestión es cuál es la proporción adecuada en que deben combinarse estas dos formas de propiedad.

Otros “revolucionarios” repudian el mecanismo de mercado por ser capitalista y creen que el Estado debe fijar todos los precios. Esto también es una concepción tradicionalista. Durante la época del infantilismo de la Revolución Rusa, se trató de hacer y fue el fracaso más rotundo y por eso se abandonó. Hoy día la mayoría de los precios se fijan en el mercado. No podría ser de otro modo, pues hay millones de artículos y es materialmente imposible fijarlos desde una oficina pública.

Muchos caen también en la trampa de la caduca concepción de la sociedad de cla-

ses y conciben la revolución como la acción violenta de una clase explotada contra otra explotadora. Las relaciones económicas, dicen los marxistas, determinan la estructura de los valores. Si esta afirmación fuera válida, las revoluciones serían hechas siempre por los explotados, pero la historia demuestra que esto es falso. Todas las revoluciones han sido hechas, inspiradas y realizadas por élites disidentes. Aún más, cuando los investigadores psicológicos rusos trataron de verificar la hipótesis marxista, comprobaron que era falsa y se abandonó la investigación psicológica por muchos años.

Ahora bien, si nuestra revolucionaria revolución no es contra la propiedad privada, ni contra el sistema de mercado, ni procapitalista, ni procomunista, ¿a favor de qué está? ¿En contra de qué está?

Está a favor de una sociedad justa, de una sociedad en que se premia a quien contribuye positivamente al cumplimiento de los objetivos de esa sociedad y que sanciona a quien por intención o negligencia destruye esos objetivos; en que se haga efectiva

la igualdad de oportunidades, para que todo ser humano, independientemente de su cuna, pueda dar de sí todo lo que es capaz de dar de sí; en que se haga efectiva la igualdad ante la ley, que expresa el interés y la voluntad de la mayoría y en que la ley exprese realmente ese interés y voluntad. Está a favor de una sociedad eficiente, que es capaz de aprovechar todas las ventajas de la técnica moderna para su mayor satisfacción espiritual y material y es capaz de absorber esa técnica sin provocar trastornos penosos. Está a favor de una sociedad libre, con libertad para criticar, para disentir, para cambiar; libre para someter a quienes en nombre de esa misma libertad interfieren con la libertad. Está a favor de una sociedad digna.

Veamos ahora el asunto de la revolución. ¡Cómo hay gente que cree que todo proceso revolucionario va acompañado necesariamente de la violencia! Lo esencial de un proceso para que pueda llamarse revolucionario es la rapidez del cambio. La violencia es accidental. Este es el sentido principal de la libertad de nuestra revolución.

Al afirmar que hacemos una revolución en libertad estamos afirmando que realizaremos, en un breve plazo, cambios profundos en nuestra sociedad, renunciando al uso de la violencia para realizarlos.

Hay quienes dudan de que sea posible realizar cambios rápidos y profundos sin recurrir a la violencia. Claro, piensan, los cambios afectan el *status* de los grupos tradicionales de poder y estos grupos recurrirán hasta la violencia para que los cambios no tengan lugar. Naturalmente, a la violencia hay que responder con la violencia. Nuestro raciocinio presume que en ciertas condiciones es posible realizar grandes cambios pacíficos haciendo imposible que los que son afectados negativamente por los cambios recurran a la violencia, o que recurran a todos los arbitrios que suelen emplear para impedir que los cambios se realicen. Estos arbitrios pueden ser muchos. Uno muy importante es la penetración en las fuerzas renovadoras, ya sea por quintacolumnistas o por la conquista de los moderados. Otro es el aislamiento, desprestigio y destrucción uno por uno de los individuos

considerados más peligrosos de la fuerza renovadora. Un tercero es el chantaje mismo, la amenaza de boicot económico o administrativo, que incluye la fuga de capitales, el cierre de fábricas, la corrida a los bancos, la resistencia sorda, el rumor. Un cuarto es el debilitamiento del soporte popular de las fuerzas renovadoras, poniendo de relieve los errores y debilidades que siempre existen en todo proceso de cambio.

¿Cómo proceder? En primer lugar, creando una gran cohesión y estableciendo una recia disciplina entre las fuerzas revolucionarias. Si no se crea una gran lealtad hacia el programa de acción que ha sido trazado, si no se perfecciona la ideología y desarrollan los símbolos, si no se crea una jerarquía que imponga una severa disciplina, el proceso de transformación social y económico no podrá llevarse a cabo.

En segundo lugar, es indispensable crear fuerzas revolucionarias en otros campos además del estrictamente político. Se necesita un movimiento sindical fuerte que sea uno de los pilares importantes de todas las reformas que hay que hacer en el campo

de la legislación laboral y de la organización de la comunidad; se necesita un movimiento campesino vigoroso que apoye la reforma agraria y todas las transformaciones técnicas y económicas que es imprescindible realizar en la agricultura; se necesita una organización vigorosa de estudiantes e intelectuales para llevar a cabo la reforma de la educación; se necesita una organización de empresarios que empuje hombro a hombro con el Gobierno para poner en práctica las tareas que hay que cumplir en el campo económico; se necesita a todas esas organizaciones para derrotar la inflación, generar ahorro y para llevar a cabo las más importantes de todas las tareas de tipo político que es necesario realizar, es decir, la organización del pueblo para que se incorpore en forma permanente y definitiva a la vida de la nación y la reorganización política del Estado para que dé cabida a esas nuevas fuerzas.

En tercer lugar, hay que movilizar psicológicamente al pueblo y al partido de la revolución. Si no hay movilización psicológica, las posibilidades de llevar a cabo la

revolución en libertad son mínimas. Lo que estoy diciendo hay que interpretarlo en el contexto del esquema de la crisis integral, del que hablé al comienzo. Es muy probable que no precisemos de la movilización psicológica para resolver algunos aspectos de la crisis económica. La velocidad de crecimiento de la economía, por ejemplo, depende en gran medida de que aumenten las exportaciones de cobre. Si se legalizan los convenios, esto ocurrirá con o sin movilización psicológica. En cambio, es muy dudoso que sin ella se resuelva la cuestión de la desigualdad de la distribución del ingreso y de la de la estabilidad y, a mi modo de ver, me parece prácticamente imposible que se resuelvan de un modo permanente los problemas de la participación y la representatividad sin crear primero la movilización.

Hay quienes temen a la movilización psicológica del pueblo, por la experiencia tan desgraciada de las expresiones populistas en tantas partes del mundo. Yo no le temo, porque creo que todas esas experiencias no demuestran las debilidades del pue-

blo movilizado, sino la incapacidad de los líderes. Líderes sin moral y sin doctrina movilizan al pueblo en su propio beneficio y para tareas negativas, para tareas de destrucción. Nosotros sabemos que lo podemos movilizar para construir escuelas, para combatir la inflación, para mejorar la comunidad, para plantar árboles y organizar coros, para proteger a la infancia y para cumplir los millones de tareas que hay que cumplir en este país, incluso para la tarea de mantener vivo el espíritu de la revolución.